

La calle de los Muertos

EL chico de Baldomero Vizcón, aquel que fue mayordomo de D. Oliverio, que vive, tullido, enfrente del Paseo de las Monjas y que se casó con la Herminia de Antonio Bolecas, me ha recordado el estrecho, a manera de puerta, que tenía la calle Castelar en su salida al campo, de cara al Cristo Villajos, entre la esquina de Eulalio Carrascosa y la de enfrente, donde luego tuvo la tienda Pedro Cagalera y ahora está la platería de Lubián.

El estrecho lo era tanto, antes de hacer Pilez su gran casa, que apenas permitía el paso de un carro y para evitar las estrechuras en las aglomeraciones, tanto como para acortar terreno, los entierros de aquí arriba se dirigían a la Parroquia por la calle del Barco actual, que por eso se la conocía y se la rotuló exactamente como la de los Muertos.

Don Juan Alvarez Guerra, en su hermosa leyenda "La Cruz del Fantasma" -véase el fascículo primero- hace algunas alusiones a estos parajes que él urbanizó y habla del Cristo Villajos como de una ermita solitaria enclavada entre huertos, al frente de la cual empezaba el pueblo por dos calles: Resa, la principal, a la izquierda y San Andrés a la derecha, Canalejas y Castelar actuales. La de San Andrés, incluso tenía un hito en el estrecho para que no pasaran los carros.

La casa en cuyo lugar levantó la suya Pilez, era de planta baja y hacía esquina, formando chaflán, de cara al Cristo, con un estanco establecido en ella. Pilez, como maquinista, en su ir y venir, haría allí muchos posetes antes de comprarla y la encontraría cómoda para él, sin pensar ni por un momento en el porvenir comercial que le esperaba. Un poco más arriba, donde después estuvo la barbería de Mariano y la churrería de Sacramentos, tuvo la fragua Fachano, hasta que edificó

su casa en la calle del Horno, donde murió.

Fernando Alcañiz, el maquinista, que es uno de los pocos que viven de la calle de los Muertos, me ha hecho recordar muchos detalles de estos lugares.

Entre las portadas de Andújar y de la Raimunda y la casa de D. Magdalena, es donde estaba el Pósito y sigue todavía el camaranchón en el que vivió Pelecha por el 1909, siendo alcalde Ezequiel Ortega. Guisaba en la escalera en una hornilla de yeso de las que hacía Fote con las latas del mineral que vendía Mochó y se guarecía en la cámara, sin negarle la posada al peregrino.

Debajo del Pósito vivió la Maisa y un día llegó Ezequiel Ortega de buen humor y la pellizcó en un anca, por detrás, diciendo:

—¡Miau!

Ella, que estaba sentada en el fuego y tenía las tenazas en la mano, le dijo:

—¡Zape!

Y le dió un tenazazo que le encogió las borlas del bastón de mando.

Otras flores otoñales brotaron por allí, como las de la Pernota y Camacheja y entre los misterios del rodal no faltaron fantasmas como los evocados por Guerras ni duendes aterradores que por las noches tiraban cantos en la casa del tío Quico para ahuyentar a los curiosos y que saliera la criada.

Pues bien, por las razones dichas al comienzo y acaso más que por ellas por el mal piso y el mucho barro de la transitada calle de San Andrés, se iban los entierros por la